

Diversas intervenciones durante la Entrega del Premio Nacional de la Juventud 2018

Extracto tomado de: <https://www.gob.mx/presidencia/prensa/diversas-178697?idiom=es>



Nadia López García le expresó al Presidente Enrique Peña Nieto: "Tenga la seguridad de que hoy usted ha sembrado en esta generación la semilla para que en México crezcan todos nuestros sueños. No nos vamos rendir".

(...)

-MODERADORA: Queda en uso de la palabra la acreedora al Premio Nacional de la Juventud en la categoría B distinción fortalecimiento a la cultura indígena, Nadia López García.

-NADIA LÓPEZ GARCÍA: Gracias.

Escurren las lágrimas de mi madre, a quien le pusieron ceniza en la boca para que olvidara su lengua.

Mi madre, quien hoy vive con la mitad de su corazón.

Soy Nadia, una mujer de la mixteca alta de Oaxaca; hija de una mujer que fue monolingüe hasta los 15 años y que no concluyó su educación primaria, porque no podía hablar en español.

Una mujer que recibió castigos por hablar y pensar en la lengua mixteca.



Soy nieta de una mujer, que a sus 60 años pudo escribir por primera vez su nombre.

Soy bisnieta de Catarina, quien murió sin que una clínica, ni un doctor llegaran a la comunidad.

Soy mujer, soy indígena, soy migrante y soy joven.

Quizá todas las características que dolorosamente presagian un futuro poco alentador. Porque, siendo sinceros, aunque mucho se ha trabajado y logrado por los derechos de los pueblos indígenas, los migrantes, las mujeres y, sobre todo, los jóvenes, aún falta mucho por hacer. Estamos al inicio del camino; un camino que para todas y todos ha representado un gran esfuerzo, constancia, pasión, coraje y lágrimas.

Ser joven es resistir, y ser joven indígena es resistir doblemente.

Buenos días, señor Presidente de la República.

Amigas y amigos del presidium.

Familias.

Medios:

Quisiera contarles un poco de mi historia, que sin ser más extraordinaria que la de mis compañeros y compañeras, pone luz sobre mis características más esenciales: resistencia y pasión, características que compartimos quienes hoy recibimos este Premio.

Crecí entre campos de fresa, tomate y pepino, junto a cientos de niñas y niños jornaleros migrantes, que año con año migran con sus padres al Norte, para trabajar en los campos de cultivo.

Ahí, en el Valle de San Quintín, tuve mis primeros trabajos. Recuerdo cortar fresas, hacer bolis para vender en la escuela; y, sobre todo, recuerdo ahorrar y ahorrar para dárselo a mis papás, y que así lográramos regresar más pronto a nuestro pueblo.



Pensaba que cada fresa recolectada, que cada bolis vendido nos acercaba un poquito más a mis abuelas, a mi tierra y a los nuestros.

En Baja California, donde vivimos por muchos años, escuché por primera vez a mi madre hablar en una lengua distinta. Recuerdo que ella estaba lavando en las galeras y comenzó a platicar con doña Mary, en una lengua que sonaba como la lluvia.

Mis hermanos y yo dejamos de jugar bebeleche o avioncito, como le dicen acá. Guardamos silencio para escucharla hablar. Recuerdo que ella, cuando se dio cuenta de estábamos atentos para escucharla, bajó los ojos y guardó silencio. Comenzó a hablar en español.

Mi madre no nos enseñó la lengua desde pequeños. Pensó que así nos evitaría la discriminación y la exclusión. Hasta ese momento no era consciente del gran dolor que mi mamá cargaba.

Ese dolor se convirtió en mí inspiración para realizar mi trabajo. Todos los días trabajo para que más historias, como la de mi madre, no se repitan. Para erradicar el racismo y la discriminación hacia los pueblos indígenas.

Para compartir que nuestros pueblos originarios han resistido por no desaparecer, por no olvidar nuestras palabras; por seguir soñando en cada una de las 68 lenguas que se hablan en México. Un país multilingüe, de una diversidad cultural y lingüística inimaginables.

Trabajo para que ninguna persona sienta temor, ni vergüenza de decir: Yo soy indígena. Para que nuestras lenguas y formas de ver el mundo nunca mueran. Ser indígena es eso: es tener un mundo y no renunciar a él.

El camino para volver este sueño realidad me obligó nuevamente a migrar. En esta ocasión me trasladé a la Ciudad de México para estudiar en la UNAM.



Los esfuerzos por conseguir los recursos para perseguir este sueño y cumplirlo viajaron también conmigo. Vendí ropa, café, fui mesera y hasta lavé ajeno para solventar mis estudios.

Es difícil contarles esto sin recordar que un día, hace algunos años, sentada frente a la Biblioteca Central de la UNAM lloré, como casi nunca, y estuve a punto de rendirme. Lloré de rabia e impotencia.

Me dolió darme cuenta que muchas veces tuve que decir que algo no se me antojaba o que no lo necesitaba, porque sabía que mis papás no podían comprarlo.

Darme cuenta que en infinidad de ocasiones tuve que elegir entre echarme un taco o comprar las copias de la escuela. Darme cuenta que estaba nadando contra corriente.

Frente a los murales de mi universidad, llegué a enojarme por no haber nacido en un hogar rico, por no tener padres profesionistas; por no tener amistades de dinero que pudieran financiar mis estudios, mis pasajes o invitarme una comida.

No les voy a mentir, llevé mi dolor a costas mucho tiempo, hasta que un día recordé los esfuerzos con los que mis padres emprendieron camino al norte para buscar un mejor nivel de vida para sus hijos. Recordé a mi madre escondida para que no la escucháramos hablar en mixteco. Recordé a esa mujer que trabajó duramente para convertir a su hija en la primera integrante mujer de su familia en ir a la universidad.

Fue entonces cuando fui enteramente consciente de que sí, sí podemos desafiar al futuro; que podemos cambiar nuestras historias de pobreza, violencia y discriminación, por historias de triunfo, de solidaridad, de éxito.

Cómo podemos hacerlo.

Como lo hemos venido haciendo: trabajando mucho, reconociendo que no ha sido fácil, pero que ello no nos ha detenido, sino que nos ha impulsado.



No importa de dónde vengamos, importa hacia dónde vamos y qué hacemos para lograrlo.

Desde ese día me atreví a hacer poesía, narrativa y ensayo en lengua mixteca. Me atreví a realizar talleres y conferencias para el fortalecimiento de las identidades, el empoderamiento de la mujer indígena.

Me atreví a trabajar con niños que han sufrido violencia por hablar sus lenguas maternas, a crear una plataforma de traducción en lenguas indígenas.

Me atreví y me atrevo a soñar.

El atreverme a soñar en mixteco es lo que me tiene aquí, frente a ustedes, con una falda que mis tías me hicieron, una blusa que bordó Natalia, un rebozo que me regaló mi madre, pero, sobre todo, tengo sus historias, sus palabras, su fortaleza y sus enseñanzas.

Hoy, me siento profundamente orgullosa de compartir mi historia con mis 21 hermanas y hermanos que nos atrevimos a soñar.

Hoy recibimos el Premio Nacional de la Juventud, la máxima distinción que nuestro país se concede a las y los jóvenes, cuyas trayectorias sirven de ejemplo e inspiración para la sociedad y, sobre todo, para las más de 39 millones de personas jóvenes en México.

Aquí, frente a ustedes, estamos hombres y mujeres de edades diferentes, de historias y geografías distintas, con diversas metas y proyectos, pero con un mismo propósito: hacer de México una Nación en la que todos nuestros sueños puedan caber.

Demostrar que cuando te apasiona lo que haces, los obstáculos se convierten en experiencias de vida.

Aquí estamos para compartir con los demás que el futuro se escribe día a día con cada acción, con cada esfuerzo, con cada sacrificio.



Me siento honrada de compartir este momento con todas y todos ustedes que, aunque hemos pasado por múltiples obstáculos económicos, sociales, culturales, estamos aquí, diciéndole a México: sí se puede.

Quienes hoy recibimos este premio, agradecemos a las personas, organizaciones e instituciones que en nuestro camino nos han tenido la mano.

Nuestros caminos no han sido fáciles, pero en el dolor también ha florecido nuestro valor.

Jóvenes galardonados:

Sigamos trabajando, seamos valientes y honestos, que la palabra rendirse no está en nuestra mente, ni corazón.

Apoyemos a otros, como nos apoyaron a nosotros y, sobre todo, no dejemos de soñar, porque con constancia y dedicación todo sueño puede alcanzarse.

Soñemos juntos, en distintas lenguas, por un México más justo, más libre y más incluyente.

Señor Presidente:

Tenga la seguridad que de hoy usted ha sembrado, en esta generación, la semilla para que en México crezcan todos nuestros sueños.

No nos vamos rendir.

Gracias.

(A CONTINUACIÓN, HACE USO DE LA PALABRA EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS LICENCIADO ENRIQUE PEÑA NIETO. SU DISCURSO SE TRANSCRIBE POR SEPARADO.)